

Me gusta explicar historias silenciosas.
Mi público dice que
«suenan bien».

CARLOS MARTÍNEZ

CARLOS MARTÍNEZ
con JONATHAN GELABERT

DESDE EL CAMERINO

REFLEXIONES
SOBRE EL (SILENCIOSO) ARTE DEL MIMO

Desde el camerino por Carlos Martínez
Colaboración especial: Jonathan Gelabert
©2011 Carlos Martínez
Correctora: Lucía Sesma
Coordinación: Jenny Findeis y Joyce Phillips

Diseño del libro: Andreas Sonnhüter, Düsseldorf, Alemania
Fotografía: Bernd Eidenmüller, Stuttgart, Alemania
Composición: Andreas Sonnhüter, Düsseldorf, Alemania
Impreso por: CPI books, Ulm, Alemania
ISBN: 978-84-614-8360-0

PRÓLOGO

Inevitable generosidad para silencios que hechizan el alma

¿Qué necesidad tiene un artista como tú de desnudarse en su intimidad espiritual? ¿No tienes bastante con que «uno de los pacientes que asistió a tu taller regresó a su habitación y la destrozó por completo...»? ¿No tienes suficiente con la catarsis que producen tus espectáculos «Soy ciego», «Mis padres son sordos», «Afortunadamente, muchos cruzaron la puerta y disfrutaron del concierto»? ¿Los resultados de tus espectáculos no te colman de satisfacción?

No, claro que no. Has tenido que descubrirnos tu sancta sanctorum. Has tenido que abrir el camerino que defines «como un aliado, un espacio de intimidad, una sala de espera, una cámara de descompresión, un lugar de encuentro y hasta una pequeña embajada». Permíteme, pero no hablas desde el camerino sino que hablas del camerino como de un amigo; lo conviertes en personaje, en objeto didáctico, en cómplice. Más que un espacio eventual—recuerdo con gratitud y emoción aquel espacio mágico que me permitiste profanar en Zúrich— tu camerino es un espacio existencial. Es confesionario, sacristía y capilla del oficiante, es sala de musculación, de entrenamiento y de descanso del actor; es refugio, necrópolis arqueológica y cuadrilátero mágico del viajero impenitente, es escenario y escenografía de historias en reposo, maestro y sensación de paz del artista. El camerino forma parte de ti.

No, claro que no te has podido contener. Tus gritos de silencio tienen tal fuerza que explotan en tu interior. Te faltaba contar que delante de tu máscara encuentras al público, tu público, ese personaje con el que dialogas en cada actuación. ¿Te has dado cuenta de que una de cada cuatro reflexiones que recoges en este librito se la dedicas al público? Hablas con el público, piensas encontrar a algún paisano; haces referencia a la imaginación y a la expectación del público, a su paciencia, a su diversidad.

Al igual que en tus espectáculos, haces del público un personaje vivo, haces que sea tu razón de ser, que participe de tu vitalidad. «Puedo percibir lo que el público experimenta durante el espectáculo», confiesas, y yo he sido testigo de ello. «Cuando estrecho las manos del público noto un calorcito especial», estás hablando del sentido del tacto. Sentir y comunicar. *Desde el camerino* es un regalo a tu público. El texto deja constancia por escrito de tu enorme generosidad.

Manuel Sesma Sanz

INTRODUCCIÓN

Mientras escribía este libro me parecía estar creando piezas de mimo. Como actor dedico mucho tiempo a la creación de mis propias obras. Algunas de ellas me obligan a invertir días, semanas e incluso meses. Otras se me aparecen en sueños despertándome a medianoche. Unas nacen en mi mesa de trabajo y otras durante alguno de mis viajes.

Recuerdo una que brotó en mi mente mientras miraba una flor y otra que apareció ante mis ojos cuando los tenía cerrados. Una salió de un espejo y otra, juguetona, se escondía entre las teclas de mi ordenador. Una la anoté en un periódico caducado, otra la dibujé en una carta de amor. Una me sorprendió mientras jugaba con el mando de la televisión y otra me llamó desde un móvil sin batería.

Recuerdo la pieza que nació con la muerte de mi madre; la que se posó en mis brazos después de nacer mi hijo; la que vino a mi mente a causa de un olvido y la que diseñé con precisión después de un error.

Cada relato de este libro ha nacido como si de una pieza de mimo se tratara. Algunas historias son guiños de la vida que me han dado una lección de filosofía, mientras que otras parecen chistes que todavía me hacen reír cuando las recuerdo.

Algunas me las regaló el propio escenario mientras que otras se formaron durante la conversación con técnicos, espectadores, colegas, alumnos y amigos del teatro. Unas nacieron mientras pintaba mi cara de blanco y otras durante el proceso del desmaquillado.

Sin embargo, estas historias, como las piezas de mimo, no suben al escenario hasta que han pasado la prueba de los ensayos.

Es por esto que entregué a Jonathan Gelabert, un profesional de la palabra escrita, mis relatos. Le di plena libertad para que reescribiese los textos añadiendo o quitando aquello que él considerase más apropiado para el libro.

Al releerlo me di cuenta de que muchas de mis historias habían perdido palabras y ganado frescura. Descubrí que un relato se había convertido en dos y que dos anécdotas se habían fusionado en una. Comprobé cómo el orden de los capítulos, al igual que el orden de las piezas en un espectáculo, permite al lector disfrutar mejor cada historia.

Gracias, Jonathan, por apreciar y respetar mi trabajo. Gracias por tomártelo en serio y disfrutarlo al mismo tiempo. Gracias por dejarlo listo para salir a escena. Gracias por llevar este libro a tu camerino.

Carlos Martínez

PEQUEÑOS MILAGROS

El público sigue viniendo al teatro y Dios mío, ¡eligen un programa de mimo! Es un pequeño milagro; como también lo es que gente de diferentes edades, culturas e idiomas se sientan unidos por un espectáculo. Y si encima es el mío... ¿qué más puedo pedir?

¿Que paguen la entrada?
Eso es otro pequeño milagro.

El silencio espera pacientemente
a que alguien le dé
la palabra.



LIMPIEZA

Cuanto más limpio está el cutis, mejor se puede pintar sobre él y más fácil resulta desmaquillarse después. Para el aseo de la piel utilizo cremas hidratantes, en cambio, para la limpieza del rostro y del alma que se refleja en él no conozco mejor cosmético que la reflexión sincera ante mi propio reflejo.

Quizá sea una de las razones por las que he escrito estas páginas.

MI PRIMER CAMERINO

Estaba solo, pero me sentía arropado por mi madre, quien llevaba el teatro en sus venas. Ella me estaba preparando para entrar en el escenario de la vida.

En aquella sala no faltaba de nada: temperatura ideal, ambiente confortable y toda la comida que quisiera. Quizá por eso salí a escena con algún que otro kilo de más.

Allí dentro se estaba gestando mi verdadera máscara. No utilizaba cremas ni pinceles, pero mi cuerpo estaba

embadurnado de un fluido acuoso y ligeramente amarillento que daba flexibilidad a mis movimientos y al mismo tiempo me protegía de cualquier golpe que pudiera darme.

El respeto por el artista era increíble. Nadie osaba jamás entrar en el camerino. Preservar mi intimidad era un asunto sagrado. A veces contactaban para saber si todo iba bien, pero en cuanto les hacía saber que el proceso de creación era normal me dejaban en paz.

Era tal el silencio de aquel lugar, que incluso podía escuchar mis propios latidos.

De vez en cuando me ponía tenso pensando en el momento de salir a escena por primera vez. Entonces mi madre me hablaba con dulzura desde fuera, me tranquilizaba y me daba ánimos. Creía en mí y sabía que mi debut sería un éxito.

Y llegó el momento. Se abrió la puerta del camerino. Los focos del escenario eran deslumbrantes y el miedo escénico se apoderó de mí; pero tan pronto como asomé la cabeza, todo lo demás fue mucho más fácil. La sonrisa de mi madre y los aplausos de la comadrona confirmaron que había nacido para ser actor.

EMBAJADA

Estoy sentado en mi camerino, a cientos de kilómetros de casa, en un país cuya lengua apenas entiendo. Sé que cuando suba al escenario el idioma no será problema, porque todos pueden entender el lenguaje universal del gesto. Pero ahora estoy aquí, solo, y me permito unos minutos de nostalgia del hogar antes de concentrarme para el espectáculo.

Con un poco de suerte quizás haya algún paisano hoy entre el público. Cuando estreche su mano a la salida es probable que intercambiamos algunas palabras en español y que le invite, como he hecho otras veces, a continuar la charla en el camerino.

Sobre el sofá están los periódicos que me traje del avión. Es prensa española, como también lo son el maquillaje y el vestuario que utilizo. Escucho una emisora de mi país en onda corta y recibo un mensaje de mi familia en el móvil, que dice que me echan de menos y que regrese pronto.

Puede que la distancia sea enorme, pero por unos minutos siento como que piso suelo español. El camerino, que tantas cosas significa para mí, ahora se ha convertido también en una especie de embajada.



El mimo es un poeta del gesto
que lucha contra
la dictadura de la palabra.



SIN PALABRAS Y CON NERVIOS

Antes de salir a escena repaso mis monólogos, pero no tengo texto. Mis obras son guiones, pero sin palabras. Mis voces son muecas y movimientos. Hablo sin decir nada. Digo todo sin hablar. Uso articulaciones, músculos, tendones, nervios... ¿Nervios? Sí, claro. También forman parte del espectáculo. Los necesito. Me ayudan a crear expresiones, a armonizar los gestos, a transmitir las emociones que el público espera.

Las luces se apagan. Los ojos se abren. Se levanta el telón. Llegó la hora. Es mi momento. Se respira silencio. Y es silencio lo que ofrezco. Sin palabras, pero con mensaje... y con nervios. Como debe ser. Si no, no es teatro.

EL CAMERINO IDEAL

El camerino de un mimo es el lugar donde su voz se va apagando poco a poco para dar paso a su lenguaje silente.

Es muy importante que reúna ciertos requisitos mínimos: una mesa grande, dos sillas, algo de fruta y bebida, un lavabo con agua caliente, un perchero, varios espejos y mucha luz.

Pero lo que más valoro es que esté cerca del escenario para que me permita escuchar al público: me encanta oír sus pasos al entrar ilusionados, sus comentarios mientras hojean los programas de mano, el ruido de los asientos cuando van siendo ocupados...

No importa el país, el idioma, la cultura ni la edad. Es el maravilloso sonido del público expectante. ¿Qué actor querría perderselo?

En mi camerino el sonido de las palabras se ve desplazado por el silencio de los gestos.

